



EL DESEO DE RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN

Esurientes implevit bonis.

« Llenó de bienes á los que estaban hambrientos. »

(Luc., I, 53).

Es condición necesaria y esencial para recibir dignamente la sagrada Comunión, que el alma se halle en estado de gracia. No es necesario sino sólo muy conveniente que esté adornada de virtudes y que sea piadosa, pues las virtudes pueden ser suplidas por la buena voluntad y por el ardiente deseo de recibirla. Mas por desdicha es muy frecuente comulgar sin verdadero deseo y sin idea exacta de lo que es este Sacramento. Para librarnos de estos defectos, veamos cuáles son las condiciones que conviene cumplir al recibirle.

La primera y más importante para sacar de la comunión verdadero fruto, es el deseo de recibir este Sacramento.

I

Para comer es necesario tener hambre, sentir la necesidad de sustentarnos si no hemos de desfallecer, pues el comer es cosa grosera y trabajosa, y

el digerir es á menudo penoso y doloroso. Pero Dios nos ha dado el apetito para que sintamos la necesidad de sustentarnos, y á los manjares les ha dado sabor para que gustemos de ellos.

De la misma manera sentimos hambre de recibir la sagrada Comunión, hambre de Cristo, y esta hambre tiene diversos grados, y á medida que es mayor, es más precioso y abundante el fruto que sacamos de recibirla. Los estómagos sanos sienten el hambre y digieren los manjares, mientras que los flacos no pueden tolerarlos.

Para que nosotros deseemos y pidamos la sagrada Comunión es necesario que Dios nos de hambre de ella; porque es tan grande la distancia que media entre Dios y nosotros, que jamás nos atreveríamos á llegarnos á la sagrada mesa, si la gracia no excitara en nuestra alma un hambre que reclama con urgencia ser satisfecha, que nos hace olvidarnos de la infinita dignidad de Jesucristo y pensar tan solo en nuestra indignidad. Dios con su gracia se lleva en pos de sí nuestra alma para que no veamos nuestra propia miseria, sino únicamente su bondad, para que no pensemos entonces quiénes somos nosotros y quién es Él.

El hombre vive del deseo y nunca busca ni hace ninguna cosa verdaderamente grande sin haberla deseado antes durante largo tiempo. Pues un deseo divino nos impulsa á recibir la sagrada Comunión hasta el punto de darnos valor para acercarnos al Juez de cielos y tierra sin morir de espanto. El hambre que sentimos de recibir á Dios excusa nuestra temeridad.

Acaso dirás que tú no sientes semejante deseo. Verdad será lo que dices si no comulgas; pero si co-

mulgas, yo aseguro que Dios ha encendido en ti ese deseo, porque si no lo tuvieras en algún grado, no te atreverías á recibir la comunión.

Dime si no: ¿Qué pobre habrá tan osado que, aunque sienta que desfallece de necesidad, se atreva á convidarse á la mesa del Rey para comer con él? Esto nunca se verá. Ahora bien: la distancia que nos separa de Dios es mucho mayor que la que media entre el Rey y el mendigo; ¿cómo podremos atrevernos á comulgar? Preciso es que Dios, movido de su infinita bondad, nos ponga un velo delante de los ojos para que nos hayamos respecto de Él como no nos atreveríamos á habernos con los poderosos de la tierra, para que nos invitemos á su banquete soberano.

El principal motivo que nos impulsa á comulgar es, pues, el hambre que sentimos de recibir la Eucaristía. Cuanto más viva y más aguda es esta hambre, mayor es la frecuencia con que comulgáis. ¿Por ventura no crecéis espiritualmente, no os sentís con más fuerzas que antes? Si así no fuera, sería ó porque no comeríais lo suficiente ó porque comeríais sin apetito. Excitad, pues, en vosotros esta hambre, y reconoced por lo menos la necesidad que tenéis de este divino manjar, ya que no podáis sentir el hambre producida por el amor.

II

Porque hay un género de hambre de comulgar, que en todo tiempo la podemos sentir, un deseo que siempre lo podemos concebir.

Este deseo es el mismo que siente el enfermo que está esperando al médico porque el dolor le ator-

menta; que pide de beber porque la fiebre le devora. Pues nosotros, miserables hijos de Adán, tan profundamente llagados, nos presentamos á Nuestro Señor, y le decimos: «¡Oh Señor! ¡Sólo miserias y dolores son nuestra herencia, venid en nuestro auxilio! ¡No os dé en rostro nuestra miseria! ¡Quiero recibiros porque soy flaco y necesito de fortaleza! ¡Tened compasión de mí!» Este es el lenguaje de casi todos los que se acercan á la sagrada mesa. Mira si no á este penitente, á este impío recién convertido; viene trabajosamente de haberse confesado; el confesor le ha dicho, y con razón, que comulgue. «¡Dadme pan — dice á Nuestro Señor — porque me muero de hambre! ¿Cómo he de poder entrar en el estrecho y áspero sendero de la vida cristiana, yo que acabo de salir del ancho y florido camino del vicio?» El hambre de este penitente es verdadera hambre, es del agrado de Nuestro Señor, honra á Dios y á nosotros nos hace descender al lugar que nos corresponde según nuestra necesidad. Plegue á Dios que sintáis con mucha frecuencia el hambre que siente el mendigo, y que en todo tiempo podáis presentar como título que os da derecho á comulgar, la necesidad que tenéis de recibir este Sacramento. Esta necesidad, junto con la pureza de conciencia, basta para comulgar dignamente y con fruto. El Evangelio nos ofrece una prueba conmovedora de esta verdad.

Cierto Rey había dispuesto un espléndido festín. Los convidados se negaron á aceptar la invitación. Según los intérpretes, negáronse los convidados á entrar, porque no querían regalar á los esposos. Cuando llegó la noticia á oídos del Rey, envió á sus criados á buscar á los pobres en las plazas y cami-

nos, y fueron conducidos al festín los mendigos y los lisiados, pues Jesús los prefiere á los ricos y orgullosos. Notad que cada uno de los mendigos, antes de entrar en la sala del festín, se vestía con las vestiduras nupciales que le presentaban los criados que había á la puerta de la sala. Entró el Rey y se regocijó al ver la alegría que se reflejaba en el rostro de aquellos pobres, de ordinario tan tristes. Pero advirtió que uno de los convidados estaba vestido con el vestido ordinario, y viendo en esto una señal de desprecio hacia él, mandó que lo echaran fuera. Este convidado llevó su merecido; no se le pedía que hiciera ningún presente á los esposos, sino sólo que se presentara decorosamente vestido. Los demás, que estaban vestidos de blanco, siguieron en el festín, aunque eran pobres y estaban lisiados; su misma miseria era el título que les daba derecho á entrar al banquete.

Pobres y miserables somos; penas y dolores padecemos; sean, pues, más vivos nuestros deseos. ¡Es tanto el anhelo del Señor por sanar al que le muestra sus llagas! Durante su vida mortal no le vemos frecuentar los palacios de los ricos y poderosos; tan sólo dos ó tres veces aceptó la invitación de los fariseos, y eso porque esperaba sanar sus almas enfermas de orgullo, y disipar sus errores. Estaban enfermos, si bien su enfermedad era de otro género. Pero á la morada de los pobres iba con gusto, pues no había en ella cosa que le diera en rostro.

Venid, venid, pues, á pedirle fuerzas y valor. «¡Débil y flaco soy, oh Señor, por eso me humillo de hinojos á vuestros pies!» Venid, llegaos, no porque os tengáis por dignos de esta gracia, sino por la necesidad que de ella tenéis.

Decidle con confianza: «Dadnos, Señor, el pan nuestro de cada día. Pobres mendigos somos, y no en derecho alguno, sino en la invitación que nos habéis hecho fundamos nuestra súplica.» Y el Señor os recibirá benignamente; os ha invitado y no os rechazará, antes, por el contrario, os admitirá en su seno y os hará ricos de los tesoros de su gracia y de su bondad.



LA PREPARACIÓN QUE PROCEDE DEL ESPÍRITU SANTO

*Spiritus san tus super-
veniet in te, et virtus Al-
tissimi obumbrabit tibi.*

« El Espíritu Santo des-
cenderá sobre ti, y la vir-
tud del Altísimo te cubrirá
con su sombra. »

(Luc., I, 35.)

MEDIANTE la sagrada Comunión se renueva y se continúa el augusto misterio de la Eucaristía. El mismo efecto que causó en María la voz del ángel, se produce en el cristiano por virtud de las palabras del sacerdote. No contento el Verbo con unirse á la Virgen purísima, y en ella á todo el género humano, todavía quiere unirse á cada uno de los cristianos en particular. El Espíritu Santo fué el divino autor de la Encarnación; Él preparó á María para que fuera la Madre de Dios; Él la preservó en su concepción inmaculada; Él difundió en su alma desde el primer momento de su ser y cultivó después en ella las virtudes más hermosas, y cuando llegó la hora de formar y animar el Cuerpo de Jesús, Él fué quien fecundó el seno virginal de María; y luego después de consumado este misterio,

signió morando en ella y la cubrió con su sombra para templar los ardores del Sol divino que Ella llevaba en sus entrañas. Aprendamos, pues, á prepararnos á recibir la sagrada Comuni6n uni6ndonos con el Espiritu Santo.

I

El Espiritu Santo santific6 á María y la hizo digna de ser Madre de Dios. Aunque las tres personas divinas concurren en la obra de la santificaci6n de las almas, esta obra se atribuye especialmente á la tercera persona, que es el *Don* por excelencia, el v6nculo entre el Padre y el Hijo, y quien, entrando en nuestras almas, nos une con Dios. María fué adornada de todo g6nero de virtudes por el Espiritu Santo, y cuando dud6 de aceptar la dignidad de Madre de Dios, porque crey6 que esta dignidad no se avenía con el voto de virginidad que había hecho, el ángel le dijo y le aseguró que pariría por obra del Espiritu Santo, que descendería sobre Ella para obrar esta maravilla. Notad que cuando el ángel pronunci6 estas palabras, el Espiritu Santo estaba ya en María, pues antes le había dicho el mismo ángel que Ella estaba llena de gracia. ¿Qué quiso, pues, dar á entender diciéndole: «El Espiritu Santo vendrá sobre tí?» ¡Ah! Vendrá para darte fortaleza y para prepararte á tí, débil criatura, á este misterio de la divina omnipotencia. Por flaco que seas, ¿habrás de temer, siendo el mismo Dios quien está en tí de un modo singular para recibir á Dios en tí? Porque el Espiritu Santo fué quien recibió al Verbo en María, y quien le dió la naturaleza humana.

La Eucaristía, mediante la sagrada Comuni6n, nos

asocia á la gloria de María y á los goces de su maternidad.

Mas ¿quién recibirá en mí al Verbo divino? Yo no puedo ser quien lo reciba, pues soy en extremo pobre y miserable. Mi alma, aunque en estado de gracia, acaso no está limpia de toda mancha; aunque por ventura fuera immaculada, ¿qué sería su pureza en la presencia de Dios, santo por esencia? ¿Acaso serán mis pobres virtudes?... ¡Pero si Dios las posee todas en grado sumo!... Si hubiera de ser yo sólo el que recibiera á Jesús, no podría recibirle dignamente. Pero no; mediante el estado de gracia, el Espiritu Santo habita en mí; Él es quien ha de recibirle. Uníos, pues, á este divino Espiritu cuando vayáis á comulgar.

Tengamos presente tan sólo que la principal disposici6n que Jesús pide en nosotros para recibirle, es la que tenía la Santísima Virgen cuando dijo: «He aquí la esclava del Señor.» Me invitáis, Señor, conociendo mi pobreza y miseria y mi ignorancia; pero vuestro Espiritu divino saldrá á recibirnos y os hablará en mi favor: de esta suerte seréis dignamente recibido.

Aunque no nos unimos con el Espiritu Santo tan intimamente como debiéramos, ni procuramos aprender á conocerle, templos suyos somos y Él habita en nosotros ¿Sabéis quién es el Espiritu Santo? podría preguntarse á muchos cristianos; los cuales responderían que ni siquiera han oído jamás hablar de Él... ¡Ah!... la raz6n es porque para conocer al Espiritu Santo es preciso vivir vida interior: todas sus operaciones son interiores. Los que viven derramados al exterior podrán conocer sus dones, pero jamás comprenderán su lenguaje amoroso y suave: que esto

es patrimonio de las almas silenciosas y recogidas. Rogad, pues, con frecuencia á este divino Espíritu; uníos á Él, y Él os preparará para comulgar; Él hablará por vosotros y dará por vosotros las debidas gracias á Jesús, y Jesús reinará por medio de Él en vuestras almas.

II

No sólo dijo el Arcángel á la Santísima Virgen: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti,» sino añadió: «Y te cubrirá con su sombra.» Lo cual significa: Dios es fuego que consume. Cuando Dios viene á nosotros, viene según su naturaleza divina; si el Espíritu Santo no nos cubriera á modo de nube, al instante seríamos consumidos. Pues ¿qué somos nosotros en Dios sino una paja en medio de un gran océano de fuego? Pero el Espíritu Santo templá estos ardores divinos, y sólo deja que llegue á nosotros el calor necesario para calentarnos y vivificarnos. Este Espíritu nos es necesario, como fué necesario á María que la cubriera con su sombra para que, como dice San Bernardo, su cuerpo virginal fuese protegido al acercarse la Divinidad: *Ipse est qui Virgine, obumbrabit, ut et virgineo corpori temperaret Deitatis accessum.*

III

No sólo está el Espíritu Santo en María para recibir el Verbo divino, pues además ha criado en su seno el alma humana de Jesús y ha formado allí su cuerpo de la sangre purísima de la Virgen. Pues esto mismo hará en nosotros cuando comulgemos; nos

convertirá en Jesucristo, pues este es su efecto propio. Nos convertirá espiritualmente en Jesús, haciéndonos una sola cosa con Jesús; nos hará participar del estado de Jesús, en cuanto al cuerpo, formando en nosotros el germen de la gloria que hará á nuestros cuerpos semejantes al cuerpo glorioso de Jesús; y el Espíritu del Verbo que hizo salir á Jesús glorioso del sepulcro, resucitará también nuestro cuerpo á la misma gloria que Él.

El Espíritu Santo forma en nuestras almas la unión de los afectos, y mediante esta obra, todavía sigue viviendo Jesús espiritualmente en nuestras almas, cuando ha dejado de morar sacramentalmente en ellas. De esta suerte prolonga la Comunión y continúa en nosotros la vida divina de Jesús.

Así como los manjares, después de digeridos, dejan en el estómago su jugo nutritivo, que difundándose por los miembros del cuerpo los fortalece y vivifica, así después de consumidas las especies sacramentales, cuando la sagrada humanidad de Jesús no está ya en nosotros, la divinidad que juntamente con su cuerpo hemos recibido y que hemos recibido como manjar, permanece todavía en nosotros; y permanece no sólo como en su propio templo, sino como el jugo nutritivo de los manjares en el estómago, fortaleciendo todas las potencias de nuestra alma, sosteniendo nuestras santas inspiraciones y mociones del amor divino, y convirtiéndonos en lo que Él mismo es, en espirituales y divinos. De esta suerte se cumplen aquellas magnificas palabras: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est.* El que se adhiere al Señor, hace un solo espíritu con Él.

¡Qué dicha la nuestra haber nacido después de instituida la sagrada Eucaristía! Los justos de la an-

tigua ley, aquellos grandes santos de la ley del temor, suspiraban sin cesar por el Mesías, al cual no habían de ver: ¡hoy el último de los cristianos es más favorecido que todos aquellos santos Patriarcas!

Mas ¿qué es lo que debemos hacer nosotros? Debemos dejar al Espíritu Santo que obre en nuestra alma y forme en ella á nuestro Señor. Dejémosnos modelar por sus divinas manos, como la blanda cera que recibe toda la forma que se imprime en ella, y cuando vayamos á comulgar, preparémonos en unión con Él, y después oremos y demos las debidas gracias por medio de Él. Querer prescindir de este auxilio, orgullo es y presunción, porque nosotros no sabemos orar. Pero el Espíritu Santo viene en auxilio de nuestra flaqueza y ora en nosotros con gemidos inenarrables.

Si le llamamos en nuestro auxilio, agradaremos al Padre celestial, que podrá entonces darnos gusto á su divino Hijo, sin temor á que lo recibamos indignamente; procuraremos suma alegría á nuestro Señor, que sin duda quiere darse á nosotros, pero que desea encontrar un cenáculo amplio y ricamente adornado; y agradaremos, finalmente, al Espíritu Santo, que cifra su gloria en fecundar con su divino amor las almas.



EL SANTO SACRIFICIO

*Hoc facite in meam
commemorationem.*

«Haced esto en memoria
mía.»

(Luc., XXII, 19.)

I

PROCURAD oír Misa todos los días, y pasaréis el día felizmente, cumpliréis mejor todas vuestras obligaciones, y vuestra alma cobrará mayores fuerzas con que llevar la cruz cotidiana del cristiano. Es la Misa el acto más santo de la religión; no hay nada que más glorifique á Dios y que sea mas provechoso al alma que oír frecuente y devotamente la santa Misa. Esta es la devoción predilecta de los santos.

Porque el santo sacrificio de la Misa contiene todo el mérito del sacrificio de la cruz, y en él se nos aplica á cada uno de nosotros; es el mismo sacrificio de la cruz, en que se ofrece la misma Víctima de manos del mismo sacerdote, Jesucristo, que se inmola á sí mismo, de un modo incruento, pero real y eficazmente. Si pudieras contemplar en sí mismo el santo sacrificio del altar después de la consagra-

ción, verías allí á Jesucristo en la cruz, ofreciendo á su Eterno Padre sus llagas, su sangre y su vida por tu salud y la del mundo entero; verías á los ángeles de hinojos en torno del altar, admirados, casi asombrados á vista de tanto amor á las criaturas ingratas ó insensibles; oirías al Padre celestial decir, como en el Tábor, contemplando á su divino Hijo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias; adóra le, pues, ámale, sirvele con todo tu corazón».

II

Para comprender cuán inmenso es el valor del santo sacrificio de la Misa, conviene tener presente que este augusto sacrificio tiene en sí mismo mucho mayor valor que todas las buenas obras, y virtudes y méritos de todos los santos juntos, y aun de la Santísima Virgen desde el principio hasta el fin del mundo; porque la Misa es el sacrificio del Hombre Dios que da su vida por el hombre y eleva su muerte á la dignidad de acto divino, dándole de esta suerte un valor infinito. Cuando oímos al Concilio de Trento exponer esta verdad, no podemos menos de sentirnos poseídos de santo respeto. ¡Qué grandeza y majestad se advierten en cada una de sus palabras! «Por cuanto en el divino sacrificio que se consume en la Misa, el mismo Jesucristo, que se inmoló en la cruz una sola vez de un modo cruento, está contenido y se inmola de un modo incruento, este Santo Sínodo enseña que este sacrificio es verdaderamente expiatorio y que, mediante él, obtendremos misericordia, gracia y auxilio en el momento oportuno si nos llegamos á Dios en él con ánimo sin-

cero, con fe recta, con temor y respeto, contritos y humillados. Pues el Señor, aplacado por la oblación de este sacrificio, nos concede en él la gracia y el don del arrepentimiento, y nos perdona nuestros crímenes y pecados, por enormes que sean; porque una sola y misma Hostia, uno mismo es el que se ofrece ahora por ministerio de los sacerdotes que el que en otro tiempo se ofreció en la cruz, si bien de modo diferente. Mediante este sacrificio recibimos abundantemente los frutos del sacrificio sangriento, lejos de ser una disminución de él, como afirman los protestantes. Por esta razón se ofrece con justo título, siguiendo la tradición de los Apóstoles, no solamente por los pecados, penas y satisfacción de los fieles vivos, sino también por los fieles que han muerto en el amor de Jesucristo y que todavía no han sido plenamente purificados.»

Pero si Jesucristo no puede ya morir ni padecer, ¿en qué consiste este sacrificio? Descorred con la fe el velo del misterio, y veréis á Jesús triunfante, inmolándose; lleno de majestad, humillándose; omnipotente, encadenado; impassible, padeciendo; en suma: á Jesús actualmente inmortal, místicamente mortal para continuar su sacrificio.

III

Y todo esto, ¿con qué designio? Para glorificar perpetuamente á su Padre celestial; para que el Padre celestial, mirándole á Él, bendiga y ame al mundo; para prolongar su vida de Redentor y asociarnos á sus virtudes de Salvador, y aplicarnos directamente los frutos de su muerte, uniéndonos á su

propia ofrenda y enseñándonos á sacrificarnos con Él, para procurarnos el medio de estar presentes en su sacrificio y en su muerte, como estuvieron presentes San Juan y la Santísima Virgen.

IV

Mas habiendo instituido Jesús el santo sacrificio de la Misa en lugar de todos los sacrificios de la Ley antigua, ha encerrado en él todos los fines y frutos de aquellos sacrificios.

Por disposición de Dios ofrecían los judíos sacrificios con cuatro fines, que eran: reconocer el supremo dominio de Dios sobre todas las criaturas; darle gracias por sus dones; rogarle que siguiera concediéndoles su gracia, y aplacar su justa cólera. Pues esto mismo hace Jesucristo de un modo incomparablemente más perfecto, porque no ofrece toros y carneros, sino se ofrece á sí mismo, como Hijo de Dios, á su eterno Padre.

Jesús *adora*, pues, á Dios en nombre de todos los hombres, entre los cuales Él es el primogénito; reconoce que toda vida y todo bien procede de Él; que Él sólo merece vivir y que todas las cosas son por Él; y ofrece su propia vida para confesar que procediendo de Dios, Dios dispone absoluta y libremente de Él.

Como Hostia de alabanzas *da gracias* á su Eterno Padre por los dones que le ha concedido y que, mediante Él, también ha concedido á todos los hombres, y se hace nuestra perpetua acción de gracias.

Es víctima propiciatoria, pidiendo incesantemente perdón por los pecados que de continuo se renevan, deseando asociar al hombre en su repara-

ción y uniéndose á él en la ofrenda que hace de sí mismo.

Es, finalmente, nuestro abogado, que intercede por nosotros con lágrimas y ayes penetrantes, y cuya sangre clama al cielo pidiendo misericordia.

V

Es, pues, la obra más saludable de todas el unirse á Jesucristo en el santo sacrificio de la Misa; pues en ella obtendremos la gracia de la contrición y de la justificación, y eficaces auxilios para no volver á pecar.

La santa Misa nos ofrece el medio soberano de ejercitar la caridad para con nuestros prójimos, aplicándoles, no ya nuestros cortos merecimientos, sino los infinitos méritos, las inmensas riquezas de Jesucristo, las cuales Él pone en nuestras manos.

En ella abogamos eficazmente por las benditas ánimas del purgatorio.

En ella alcanzamos la conversión de los pecadores.

En ella se regocijan justamente los cielos, y los santos obtienen un aumento de gloria exterior.

VI

La mejor manera de oír la santa Misa es unirnos á la augusta Víctima que en ella se inmola: haced, pues, lo que ella hace; ofrecedos como ella se ofrece y con la misma intención, que vuestra ofrenda será digna de las miradas de Dios, si está unida á la ofrenda de Jesucristo. Seguid, pues, á Jesús al Cal-

vario, meditando todos los pasos de su pasión y muerte.

Pero sobre todo uníos al sacrificio, recibiendo la víctima juntamente con el sacerdote; entonces es cuando la Misa produce todos sus efectos; entonces corresponde plenamente á los designios de Nuestro Señor.

¡Qué no harían las benditas ánimas del purgatorio con tal de poder oír siquiera una sola Misa, si pudieran volver al mundo! Ni un solo día dejarías tú de oírla, si llegaras á entender su excelencia, sus gracias y sus frutos.



MÉTODO PARA OIR MISA

MEDITANDO LA PASIÓN DE JESUCRISTO

Quotiescumque... mortem Domini annuntiabit.

«Siempre que celebréis los angustiosos misterios, anunciareis la muerte del Señor.»

(I COR., X, 26.)

Si queréis asistir dignamente al santo sacrificio de la Misa, medita los pasos de la pasión del Salvador, que de un modo tan admirable se renueva en ella.

Preparación.—Considerad al templo como lugar santísimo y dignísimo de respeto, como nuevo monte Calvario. El altar es de piedra; en él se conservan reliquias de santos mártires; los cirios que en él arden y se consumen son símbolo de la fe, de la esperanza y de la caridad; los manteles que le cubren significan los lienzos en que fué envuelto el cuerpo de Jesús; y el crucifijo, imagen del mismo Jesús muriendo por nosotros.

Considerad á Jesús en el sacerdote revestido de las vestiduras todas de la pasión. El amito repre-